

“El diablo en el ADN”. Promiscuidad, infidelidad, violencia y violación según la sociobiología de Barash y la psicología evolucionista de Buss

María Luján Bargas*

Resumen: Se procura visibilizar algunas formas de determinismo biológico en torno a las diferencias comportamentales entre hombres y mujeres, que están operando al interior de dos disciplinas científicas fuertemente criticadas por las implicancias políticas que suponen sus declaraciones: la sociobiología y la psicología evolucionista. Ambas entienden que las conductas humanas están biológica y genéticamente determinadas, y que a su vez son producto de la evolución. La propuesta de este trabajo es entonces analizar los discursos de dos importantes representantes de estas disciplinas, David Barash y David Buss, acerca de algunas problemáticas controversiales: la promiscuidad, la infidelidad, la violencia física hacia la mujer y la violación. De esta manera, se pretende mostrar cómo sus planteos y argumentaciones en torno a estas temáticas no sólo tienden a naturalizar y reforzar los estereotipos de género dominantes, sino que también encierran un alto grado de peligrosidad en cuanto a su potencial utilización para justificar y legitimar situaciones de sometimiento y dominio sobre las mujeres.

Abstract: This paper attempts to visualize some forms of biological determinism about behavioral differences between men and women, who are operating within two scientific disciplines that are strongly criticized because of the political implications of their statements: the sociobiology and the evolutionary psychology. Both disciplines argue that human behavior is biologically and genetically determined, and is also a product of evolution. Hence, this paper proposes to analyze some discourses of two representatives of these disciplines, David Barash and David Buss, on some controversial issues: the promiscuity, infidelity, physical violence against women and rape. It aims to show how their arguments and contentions on these issues not only tend to naturalize and reinforce prevailing gender stereotypes, but also contain a high degree of danger if they

* Doctoranda en Epistemología e Historia de la Ciencia (UNTREF). Becaria doctoral ANPCyT (IIB-INTECH/CONICET-UNSAM). Miembro del Área de Estudios Culturales de la Ciencia del Instituto de Cultura Jurídica de la FCJyS-UNLP. Integrante del proyecto UBACYT “Coreografía de los géneros y las sexualidades. Construcciones hegemónicas y subalternas en la contemporaneidad argentina” (FSOC-UBA). mlbargas@hotmail.com

are eventually used to justify and legitimize situations of submission and dominance over women.

1. Introducción

Cuántas veces hemos visto en revistas, diarios, noticieros, documentales, talk-shows y demás programas de televisión abordar preguntas tales como ¿por qué los hombres son más infieles?, ¿por qué las mujeres son más sensibles? ¿por qué los hombres son los que más triunfan en los negocios?, ¿por qué las mujeres son las que se encargan del cuidado de los hijos? Estas y otras cuestiones que conciernen a las diferencias entre los sexos suscitan un gran interés no sólo en los medios de comunicación y en la sociedad en general, sino también en la ciencia. En efecto, desde hace varias décadas dos disciplinas vienen prometiéndolo tener la explicación “científica” para todos estos rasgos comportamentales diferenciales: la sociobiología wilsoniana y la psicología evolucionista.

La llamada sociobiología wilsoniana es una postura epistémica introducida por E. O. Wilson en 1975, que pretende básicamente dar cuenta del papel que tiene la selección natural en la evolución de la sociedad y de ciertos comportamientos humanos. Ruth Bleier (1984) propone introducir la distinción entre la sociobiología wilsoniana y la sociobiología en general, ya que entiende que ésta última tiene una larga y sólida tradición en el estudio del comportamiento social animal, habiendo aportado valiosa información al respecto, mientras que la primera se centra únicamente en demostrar a partir de extrapolaciones del mundo animal, que todos los comportamientos humanos, las características, las relaciones sociales y las formas de organización social están biológica y genéticamente determinados, y que son producto a su vez de un proceso adaptativo para la supervivencia¹.

Richard Lewontin (1991) explica que la teoría sociobiológica sobre la naturaleza humana se construye en tres pasos: el primero supone la descripción de lo que ésta última es, de todas las características que son comunes a todos los seres humanos, en todas las sociedades, en todos los lugares y en todos los tiempos; luego, se sostiene que todas esas características universales están codificadas en nuestros genes y son inmodificables; el tercer paso consta en explicar a partir de la teoría evolutiva por qué se tienen esos genes en particular y no otros, considerados responsables de la forma que

¹ Es preciso aclarar que a lo largo del trabajo, cuando se mencione simplemente “sociobiología” se estará haciendo exclusiva referencia a la sociobiología wilsoniana.

asume la sociedad. Para entender este último punto, es preciso tener en cuenta que el principal postulado de la sociobiología es que los comportamientos están programados para maximizar la habilidad de los genes de reproducirse a sí mismos. Richard Dawkins, uno de los principales exponentes de esta disciplina, lo expresó en estos términos: “somos las máquinas de supervivencia, vehículos robots programados para preservar las moléculas egoístas conocidas como genes” (citado en Lewontin y otros, 2009:326). El modo de preservar genes y permitir que se repliquen, es dejar descendencia y garantizar la supervivencia.

El razonamiento sería entonces que los comportamientos humanos están codificados en los genes y son comunes a todos los individuos, independientemente de las diferencias culturales e históricas. El hecho de que en la actualidad existan ciertas conductas y no otras estaría probando desde la lógica evolucionista que fueron adaptativas para la supervivencia, y evolucionaron por millones de años llegando hasta nuestros días. Desde este marco conceptual, el orden social presente y pasado serían entonces producto de la acción específica de genes que fueron seleccionados durante la evolución, debido a que los rasgos comportamentales a los que dan lugar, posibilitaron (y aún posibilitan) una mayor capacidad reproductiva en los individuos que los poseen (Lewontin y otros, 2009:324). Teniendo en cuenta también que hombres y mujeres se encontrarían impulsados por sus propios genes a relacionarse con el fin último de maximizar el éxito reproductivo, la teoría sociobiológica postula que los dos sexos implementan diferentes estrategias para lograrlo y que a raíz de éstas se establecen diferencias en sus comportamientos y roles sociales.

Por supuesto que tales declaraciones no pasaron desapercibidas y comenzaron a levantarse duras críticas desde diferentes frentes acusando a la sociobiología de plantear un discurso determinista y reduccionista, con fuertes tintes sexistas y etnocéntricos, y tendientes a justificar el status quo. Sin embargo, esto no llevó a que la disciplina perdiera impacto, sino que por el contrario, los medios de comunicación encontraron atractivos sus planteos y comenzaron a difundirlos.

Para fines de los ochenta parecía que la fiebre de la sociobiología humana había perdido intensidad, pero en los 90 volvió a impactar con fuerza bajo un nuevo nombre: “psicología evolucionista” (Kitcher, 2003). Por supuesto que esto no significa que la sociobiología se haya extinguido, ya que se siguen produciendo trabajos en este campo (David Barash es un ejemplo de ello), pero el protagonismo se lo ha arrebatado en los

últimas décadas la llamada “psicología evolucionista”, considerada por algunos como una subdisciplina de la primera (Alcock, 2001). Ésta pretende explicar la mente y el comportamiento humano valiéndose también de la teoría evolucionista darwiniana. Maneja la idea central de que la psique detenta un sello evolutivo indeleble desde que los humanos eran cazadores y recolectores, y que gracias a la selección natural y sexual, los atributos psicológicos exitosos adaptativos a los primeros ambientes humanos persisten, se propagan y en buena parte continúan hasta la vida moderna (Webster, 2003).

Al igual que la sociobiología, la psicología evolucionista ha recibido duras críticas por las implicancias políticas que suponen sus declaraciones, acusándosela también de contribuir a la legitimación y perpetuación del status quo. Con el fin de mostrar cuáles son algunos de los puntos álgidos que suscitan las mayores controversias, este trabajo se propone abordar de manera sucinta el tratamiento que ambas disciplinas hacen de temas tales como la promiscuidad, infidelidad, la violencia hacia la mujer² y la violación. Para ello nos centraremos en uno de los últimos trabajos de un representante importante de la sociobiología, el zoólogo David Barash, que junto con su esposa, la psiquiatra Judith Lipton escribieron *El mito de la monogamia. La fidelidad y la infidelidad en los animales y en las personas* (2003). Asimismo, se analizarán algunos de los estudios sobre diferencias sexuales del psicólogo evolucionista David Buss.

El interés en abordar el tratamiento que hacen de problemáticas tales como la violencia hacia la mujer y la violación, radica en que muchos de sus planteos y explicaciones encierran cierto grado de peligrosidad, en cuanto a las consecuencias sociales que pudiera acarrear su utilización a los fines de justificar y legitimar estos actos. Por otra parte, sus argumentos en torno a la promiscuidad y la infidelidad, que podrían parecer en comparación inofensivos, no hacen más que reforzar y reproducir los estereotipos dominantes de género contribuyendo así a mantener las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Es importante tener en cuenta, tal como plantea Lewontin (1991), que la ciencia no sólo explica el mundo sino también crea consciencia y contribuye a la formación de actitudes sociales y políticas. De allí la importancia de ver qué imagen del mundo se construye y se legitima.

2. Diferencias sexuales en el emparejamiento

² Por “violencia hacia la mujer” entendemos en el contexto de este trabajo, las agresiones de índole física que pueden llegar hasta el homicidio.

La psicología evolucionista entiende que el origen de las diferencias sexuales se encuentra en el hecho de que hombres y mujeres hayan tenido que enfrentar diferentes tipos de problemas adaptativos a lo largo de la historia evolutiva humana, por lo que desarrollaron características físicas y mecanismos psicológicos diferenciados (Buss, 1996). Para dar cuenta de estas diferencias, esta disciplina apela a la tesis de la selección sexual, considerada la segunda teoría de la evolución desarrollada por Darwin. A diferencia de la selección natural a través de la cual evolucionan las características que son beneficiosas para la supervivencia, la selección sexual supone la evolución de aquellos aspectos que proporcionan una ventaja para el emparejamiento.

Buss explica que la selección sexual funciona mediante dos procesos interrelacionados: la selección intersexual y la competición intrasexual. La primera implica la elección preferencial de una pareja a partir de ciertas cualidades consideradas deseables, en la medida en que conducen a un mayor éxito en la reproducción. Justamente, esta disciplina entiende que las cualidades que les resultan sexualmente atractivas a los hombres y mujeres en la actualidad, son fruto de la evolución, ya que llevaron a que los padres y madres de nuestros antepasados escogieran mejor y como consecuencia tuvieron un mayor éxito reproductivo. Se considera entonces que estas características fueron transmitidas genéticamente a lo largo de miles de generaciones y es así que llegan hasta nuestros días.

Las preferencias de los varones a la hora del emparejamiento se ciñen, según Buss, a características tales como el atractivo físico, ya que éste ofrece algunas señales de salud y juventud, y por ende, de fertilidad: ojos luminosos, labios carnosos, cabello brillante y figura de reloj de arena. Ahora bien, cuando se trata de elegir una pareja a largo plazo, los hombres se inclinan por mujeres con tendencia a la fidelidad, es decir, que no sean promiscuas, debido a que féminas con estas características no podrían garantizarles una descendencia exclusiva.

Del mismo modo en que lo hacían nuestras antepasadas, Buss plantea que las mujeres en la actualidad siguen prefiriendo hombres con buenas perspectivas financieras, estatus social, habilidades de protección física y cualidades paternales. Estas elecciones responderían a que nuestras ancestras tuvieron que afrontar el problema de asegurarse un suministro confiable y renovable de recursos para abastecerse durante el embarazo y la lactancia, como así también protección y refugio. Aquellas que lograron resolver esta dificultad fueron las que prefirieron parejas que mostraban la habilidad de acumular

bienes y la voluntad de invertir en el cuidado de ellas y de la prole. Como consecuencia, estas mujeres fueron aquellas que lograron sobrevivir y dejar descendencia, de la que procede según Buss toda la humanidad actual. En cambio, las que fallaron pusieron en peligro las posibilidades de supervivencia de sus hijos, terminaron muriendo y por lo tanto, no pudieron convertirse en nuestras ancestras.

Pasemos ahora a la competición intersexual. Ésta supone que los miembros de un mismo sexo compiten entre sí y el vencedor gana el acceso sexual a la pareja más deseable o a una mayor cantidad de ellas (esto último, sólo en el caso de los varones)³. Buss menciona que hombres y mujeres despliegan ciertas estrategias con el fin de lograr el emparejamiento exitoso. Teniendo en cuenta que el estatus y los recursos son altamente valorados por las mujeres a la hora de encontrar pareja, los varones se esfuerzan por controlar estos últimos y ocupar posiciones de jerarquías, privando a otros hombres de sus recursos económicos, desplazándolos de las posiciones de poder, y humillándolos para disminuir su atractivo frente al sexo opuesto. Por otra parte, las mujeres compiten entre ellas por el acceso a hombres de alto estatus y poder económico, y para ello explotan sus atractivos físicos, como así también calumnian y denigran a sus rivales, especialmente a aquellas que persiguen estrategias sexuales a corto plazo (promiscuas), buscando así ponerlas fuera de competencia. Debido a que los hombres más deseables son lo que suelen emparejarse antes, Buss indica que muchas mujeres en pos de lograr su éxito reproductivo, buscan tener sexo con maridos ajenos e incluso intentan “quitárselos” a sus esposas.

En conclusión, las mujeres que se coronan como vencedoras en la competición intersexual –es decir, que tienen mayores posibilidades de emparejamiento– son aquellas que presentan belleza física como tendencia a la fidelidad, mientras que en el caso de los varones, aquellos que detentan estatus social, recursos económicos y cualidades para ser buenos padres son los que consiguen mayor cantidad de parejas sexuales y de mejor calidad.

3. La promiscuidad como una conducta naturalmente masculina

Un rasgo central de la sociobiología es hacer uso de una lógica circular que comienza, con la formulación de una premisa sobre las bases genéticas de los comportamientos, luego se cita una cierta conducta animal o humana, se construye una historia especulativa

³ Este punto será abordado en la tesis de la promiscuidad masculina que se presenta a continuación.

para explicar cómo ese comportamiento pudo servir para maximizar el éxito reproductivo de un individuo, y esta conjetura luego se convierte en evidencia gracias a la premisa de que ese comportamiento estaba genéticamente determinado (Bleier, 1984:17). El hecho de apelar a ejemplos en el mundo animal es un recurso utilizado para demostrar que ciertas conductas son universales y tienen base genética. Veamos cómo funcionan estos mecanismos en la explicación de la promiscuidad masculina y la selectividad femenina que ofrecen Barash y Lipton (2003).

Estos académicos retoman una tesis que es básica en el ámbito de la sociobiología, la cual plantea la idea de que, debido a que los espermatozoides son abundantes y fáciles de producir, los machos suelen ser derrochadores de su esperma y más indiscriminados a la hora de elegir su pareja sexual, mientras que el hecho de que los óvulos sean escasos y se necesite una mayor inversión para producirlos, hace que las hembras sean comparativamente más precavidas, recelosas y fieles, mostrando un “mayor discernimiento sexual” (p.31). Se sugiere así que el comportamiento sexual del macho está orientado a la cantidad de descendientes, mientras que el de la hembra a la calidad de los mismos, y así el éxito reproductivo de los primeros dependerá de la cantidad de parejas sexuales que consiga, mientras que el de las segundas, dependerá de la calidad genética de estas parejas.

Es por ello que la elección de un buen compañero sexual adquiere, según la opinión de estos autores, vital importancia para la hembra de mamífero, porque llegado el caso, si se dejara inseminar por un “macho inferior” cuya descendencia no pudiera sobrevivir, habría perdido tiempo y energía, no incorporando a su “historial evolutivo nada digno de mención” (p.30). En cambio, el macho, gracias a su ínfima inversión para la fabricación de esperma, conseguirá un mayor éxito reproductivo con varios encuentros sexuales (inclusive con hembras de “baja calidad”). De esta manera, si en el proceso consigue alguna fecundación, algo habrá ganado y si fracasa, no habrá perdido mucho.

Para la sociobiología, el comportamiento sexual del ser humano se rige de la misma manera: “No obstante, desde una perspectiva biológica, la diferencia entre los óvulos y los espermatozoides proclama que es más lógico que un hombre se aparee con muchas mujeres que una mujer haga lo propio con muchos hombres. Y en este caso, ha sido la lógica evolutiva quien ha salido ganadora” (Barash y Lipton, 2003:262-263). La idea entonces es que si la maximización reproductiva de los machos (y de los hombres) depende de la cantidad, entonces aquellos que estén dispuestos a repartir sus gametos, o

sea, que estén dispuestos a tener relaciones sexuales con múltiples parejas, serán los más aptos a nivel evolutivo, porque detentan un beneficio reproductivo potencial si alguna de estas parejas quedara embarazada, siendo los costes metabólico y energético presumiblemente bajos. De esta manera, lo que ellos llaman “copulaciones fuera de la pareja” (CFP), consideradas socialmente como actos de infidelidad, responderían a una necesidad adaptativa. Es así que argumentan, en lo que parece ser un intento por justificar y “excusar” a los hombres promiscuos e infieles, que “es importante ser conscientes de que tales individuos no son ni meros sinvergüenzas ni unos desalmados. Normalmente los machos que buscan copulaciones fuera de la pareja son propietarios de un territorio, felizmente casados, burgueses respetables que simplemente son propensos a «echar una cana al aire». (...) En cambio, un macho rígidamente monógamo –que no tenga ojos para ninguna hembra que no sea la suya– tiene menos oportunidades de alcanzar el éxito reproductivo” (2003:33 y 34). Es interesante ver que utilizan en su discurso de manera indistinta e intercambiable la categoría de macho y hombre –como así también en otras oportunidades la de hembra y mujer– como si fueran sinónimos, poniendo así en evidencia la intención de borrar cualquier límite que pudiera haber entre la naturaleza humana y la animal.

Por otra parte, estando el éxito reproductivo de las hembras (y de las mujeres) supeditado a la calidad de la descendencia, se torna fundamental que éstas elijan un macho con buenos genes, esto es, que posibilite una progenie más sana y apta, con mayores probabilidades de sobrevivir y reproducirse. Además, el hecho de exista una asimetría en la mínima inversión parental obligatoria de cada sexo –siendo de nueve meses de gestación, parto y lactancia para las mujeres versus un acto de relación sexual para los hombres – hace que éstas tengan mucho más que perder con una mala elección. ¿Pero cómo elegir un individuo con una buena dotación genética? Barash y Lipton mencionan que la simetría física suele ser una buena señal, tanto en el mundo animal como en los seres humanos. En coincidencia, los psicólogos evolucionistas Buss y Meston (2010) señalan que la simetría bilateral del cuerpo es un indicador de que la persona tiene una carga pequeña de mutaciones y que posee la capacidad para soportar lesiones causadas por el entorno.

Es justamente porque los óvulos son escasos y demandan un mayor coste metabólico y energético, que las mujeres no están biológicamente inclinadas a entregarse a relaciones sexuales con múltiples parejas, según la lógica evolutiva que maneja la

sociobiología. De este modo, se plantea que es la selectividad y no la promiscuidad una conducta adaptativa del sexo femenino. En efecto, un comportamiento promiscuo estaría atentando contra su éxito reproductivo, no sólo porque podría eventualmente dar lugar a una descendencia genéticamente inferior, sino en particular porque estaría indicando una propensión a CFP y una baja calidad de genes, características que dificultarían el emparejamiento a largo plazo con hombres deseables: “El éxito reproductivo a largo plazo de los hombres no quedaría por lo general bien servido si estos se relacionaran con mujeres que tengan probabilidades de ponerles los cuernos. Por lo tanto, es de esperar que los hombres renuncien a casarse con mujeres que tengan fama de ser propensas a las CFP. (...) Una mujer que cargue con la reputación de ser sexualmente promiscua pudiera indicar que es menos selectiva, quizás por incapacidad para obtener una pareja de alta calidad a largo plazo. Así pues, que una mujer tenga como historial un gran número de relaciones a corto plazo puede tener el efecto opuesto al que tendría una reputación similar en el caso de un hombre: probablemente se considere un anuncio de que ella es de baja calidad y mínimamente deseable a largo plazo” (Barash y Lipton, 2003:256).

La sociobiología entiende entonces que se aplica un doble rasero con respecto a la promiscuidad en el hombre y la mujer. Si bien Barash y Lipton reconocen que “tales estándares están sin duda fuertemente influenciados por la cultura, el hecho de que sean *por lo general* transculturales –es decir, de que estén presentes en toda la variedad de sociedades humanas –sugiere poderosamente que en última instancia tienen sus raíces en la biología” (2003:255-256 La cursiva es mía). Es así que los hombres que lleven adelante conductas promiscuas no sólo van a ser percibidos de manera positiva como “donjuanes” por sus pares (debido a que obtienen múltiples relaciones sexuales), sino que además van a resultar sumamente atractivos para las mujeres, porque el hecho de que sean deseados por gran cantidad de féminas sería indicador de buena calidad genética. En cambio, las mujeres que suelen tener muchas parejas sexuales, van a ser percibidas de manera negativa tanto por sus pares como por los hombres, llevando el estigma de una baja calidad genética.

4. **La infidelidad femenina se paga caro**

Como vimos, la sociobiología plantea que tanto los machos como los hombres, llevan en su propia naturaleza la inclinación a tener muchas parejas sexuales; de alguna manera están impulsados por su biología a no ser monógamos, y por ende, infieles, ya que

“tienen un umbral de excitación más bajo y una mayor apetencia por la variedad sexual o, por expresarlo de modo más negativo, cierta tendencia a equiparar monogamia con monotonía” (Barash y Lipton, 2003:28).

Sin embargo, no todo es color de rosa para ellos, ya que Barash y Lipton sostienen que las CFP suelen tener un cierto coste para los machos, como “que les *pongan los cuernos* otros machos mientras están lejos de casa, sufrir heridas a manos de la pareja de su *amante*, o simplemente despilfarrar tiempo y energía si no tienen éxito o si la amante no es fecunda” (2003:185 La cursiva es mía). Es notorio aquí el uso del antropomorfismo, es decir, como en la observación e interpretación de ciertos comportamientos animales se aplica el lenguaje y los conceptos que se utilizan frecuentemente para describir la conducta humana. Esto es algo característico del discurso sociobiológico como así también el proceso inverso: explicar los comportamientos humanos citando casos del reino animal donde pueden verse conductas similares. De esta manera, se busca construir relaciones de homología entre el mundo animal y el humano con el fin de demostrar que los comportamientos tienen bases biológicas.

Si bien se ha dicho que las hembras son más fieles y selectivas, esto no implica necesariamente que se mantengan al margen de las CFP. De hecho, Barash y Lipton argumentan que éstas también las practican porque obtienen dos tipos de beneficios: una descendencia genéticamente superior o recursos materiales para ellas y su progenie. Respecto al primer punto, plantean que las hembras suelen buscar machos “casados” en lugar de “solteros” para tener CFP, porque los primeros ofrecen mejores genes –ya que por algo están emparejados– además de recursos, mientras que la condición de los segundos implicaría que fracasaron en la obtención de pareja, seguramente por ser de “peor calidad”. Asimismo, las CFP pueden dar lugar a que las hembras se vean favorecidas con una recompensa material ofrecida por el macho elegido, produciéndose así el intercambio de sexo por bienes. Las hembras más proclives a estas prácticas son aquellas a las que sus parejas no les proporcionan los recursos adecuados: “las hembras insuficientemente aprovisionadas son especialmente propensas a *divorciarse* en el futuro y más tendentes a someterse a CFP –e incluso a solicitarlas” (2003:161 La cursiva es mía). Este hecho se da también, por supuesto, en el terreno humano: “Entre los seres humanos hay una larga historia transcultural de mujeres seducidas mediante la ostentación de recursos, y de deslealtades de éstas por culpa de las necesidades

materiales. También es larga y transcultural la historia de hombres, casados o no, que emplean el dinero para obtener sexo de las mujeres, que a su vez pueden o no estar casadas. (...) El hombre que «mantiene» a una amante o visita a una prostituta no anda en busca de reproducirse, ni tampoco –en prácticamente todos los casos– la mujer. Pero al intercambiar sexo –a menudo CFP– por recursos, la gente sin duda responde a una antigua conexión, una que las recientes investigaciones han desvelado como cada vez más evidente” (2003:162).

Tal como se mencionó anteriormente, las CFP conllevan un cierto coste para los machos, pero éste es mucho mayor en el caso de las hembras. Barash y Lipton explican que, como las CFP efectuadas por las hembras amenazan el éxito reproductivo de sus parejas, el hecho de ser descubiertas por éstas puede llevarles, por ejemplo, a perder la asistencia paterna: “en algunos casos, es evidente que los machos se niegan a *pagar la pensión de mantenimiento* de los críos si su pareja ha copulado con otro” (2003:192 La cursiva es mía). Pero ésta no es la única consecuencia de la “infidelidad” de las hembras, sino que también existe la posibilidad de sufrir agresiones físicas por parte del macho, comportamiento que según la sociobiología, tiene su correlato en los seres humanos, existiendo “el temor al daño físico que pudiera infligir un cónyuge engañado. Cuando un cónyuge mata a otro, la causa más común son los celos sexuales, específicamente la *sospecha por parte del hombre* de que su pareja le ha sido infiel. No puede uno por menos que preguntarse cuántos matrimonios se mantienen unidos por el miedo” (2003:237 La cursiva es mía).

Los celos sexuales y la preocupación por la infidelidad, tanto en los machos como en los varones, respondería según Barash y Lipton, a la inquietud por la paternidad, la que no es necesariamente consciente. Esta inquietud encierra el miedo a que los hijos putativos no sean realmente propios y que se invierta recursos en ellos, contribuyendo así al éxito reproductivo de otros, viéndose disminuido el propio. Sin embargo, las CFP por parte del macho también encierran ciertas consecuencias negativas para el éxito reproductivo de la hembra, como el hecho de que el macho resulte herido por otro durante sus galanteos y esto lo inhabilite para cumplir con sus “responsabilidades domésticas”; que contraiga una enfermedad de transmisión sexual y la contagie; que decida abandonarla tras haber descubierto una pareja más deseable; y que dedique tiempo y esfuerzo a la crianza de la prole de su amante, desviando hacia ésta beneficios

que le corresponden a ella y a su descendencia (2003:205). Todos estos motivos pueden llevar a que las hembras busquen impedir que sus parejas tengan CFP.

Desde la concepción sociobiológica, la violencia parece ser la reacción típica masculina frente a la infidelidad femenina, pero lo mismo no se aplica en el caso de las mujeres. Por el contrario, se sostiene que éstas al verse engañadas suelen sentirse heridas e incluso enfurecidas, pero raras veces ejecutarían actos de violencia.

Barash y Lipton remarcan que este comportamiento violento masculino frente a la infidelidad femenina no es exclusivo de los seres humanos, sino que “también abunda entre los chimpancés. Jane Goodall señala que los machos son especialmente propensos a «castigar» a una hembra que haya tenido relaciones sexuales con otro macho. (...) Un macho –de nombre Evered– dedicó cinco horas a pastorear a una hembra (Winkle) en una marcha forzada, tiempo durante el que la amenazó numerosas veces y la atacó físicamente en cinco ocasiones, hiriéndola en dos de ellas. Al ver el macho que se está saliendo con la suya al irse ella alejando de otros machos, se relaja de modo perceptible. Al mismo tiempo, la hembra –que depende cada vez más de su perseguidor/protector –se vuelve, normalmente, más cooperadora y sumisa. (Los obvios paralelismos humanos son alarmantes, pero, aun así, no por ello es menos probable que sean aplicables)” (2003:312-313).

En consonancia con este planteo, Buss y Meston (2010:165) sostienen que “la infidelidad sexual es una causa fundamental de violencia contra la mujer y a veces desata una furia homicida. En un estudio realizado en 89 culturas, la antropóloga evolucionista Laura Betzig demostró ser la segunda causa de divorcio, superada únicamente por la infertilidad”. Pero parece ser que el divorcio no sólo supone una secuela de la infidelidad humana sino también de la animal: “No es de extrañar que entre los humanos se aduzca a menudo el adulterio como razón para el divorcio. Quizás sorprenda a algunos lectores –¡aunque a estas alturas pueda que no a muchos!– que el divorcio exista entre los animales y que entre ellos, también, esté íntimamente asociado con las CFP, en especial con las habidas por parte de la hembra” (Barash y Lipton, 2003:82).

A partir de lo expuesto, se puede evidenciar como desde la sociobiología y la psicología evolucionista se considera a la violencia –que implica desde actos de agresión física hasta el homicidio mismo –como una reacción típicamente masculina de índole universal frente a episodios o meras sospechas de infidelidad femenina, que tiene por

supuesto su correlato en el mundo animal, lo que estaría dando cuenta a su vez de las bases biológicas de esta conducta.

Si bien se entiende que la infidelidad cometida por el hombre acarrea ciertos perjuicios para el éxito reproductivo de la mujer, no pone en peligro la certeza de su maternidad, pues por más CFP que un marido pudiera perpetuar, los hijos que esa mujer tenga serán 100% propios. Pero no ocurre lo mismo con las CFP de las mujeres, ya que como vimos, estas prácticas hacen tambalear la seguridad en la paternidad de la prole, y parece ser que esto es algo que ni un macho ni un hombre pueden (ni deberían) tolerar en pos de su maximización reproductiva.

5. Tácticas para el éxito reproductivo: desde la vigilancia hasta la violación

Parece ser, de acuerdo a Barash y Lipton, que las hembras que están emparejadas con machos altamente deseables, tienen menos tendencia a buscar CFP y por ende a ser infieles. Como consecuencia, estos machos no necesitan invertir tiempo y esfuerzo en la vigilancia de su pareja y quedan libres para buscar nuevas conquistas. En cambio, los machos menos agraciados son los que deberían focalizarse en estas tareas, porque suelen ser, según estos autores, los más engañados por sus parejas: “Los machos a los que les ponen los cuernos se enfrentan a un doble peligro. No sólo corren el riesgo de salir perdedores, desde el punto de vista genético, ante los casanovas, sino que además tienen menos probabilidades de tener éxito en su propia búsqueda de CFP. ¿Por qué? Es probable que los machos especialmente propensos a ser engañados padezcan esta indignidad debido a alguna limitación que les es propia. Así pues, sea lo que sea lo que inclina a sus parejas a buscar apareamientos en otros lugares, posiblemente haga también que esos mismos machos resulten poco atractivos para otras hembras. Son perdedores por partida doble” (2003:62).

La posibilidad de que la propia pareja se entregue a copulaciones con otros machos supone, como mencionamos anteriormente, la amenaza latente de que los hijos putativos no sean realmente propios. Ahora bien, ¿cómo se podrían evitar las CFP por parte de las hembras? En primer lugar, estos sociobiólogos sugieren que una estrategia aplicada tanto por los machos como por los hombres es la vigilancia de la pareja: “En cierto sentido, la vigilancia de la pareja es una de las más claras manifestaciones animales (o humanas) de los celos sexuales, y en ocasiones es francamente explícita: el macho sigue de cerca todo

movimiento de su hembra. (...) En algunas sociedades, los maridos incluso cronometran las ausencias de sus esposas cuando están entre los arbustos defecando u orinando. Tal preocupación puede no carecer de fundamento; una investigación británica descubrió que cuanto menos tiempo pasaba una mujer con su pareja primaria (su marido o su pareja sexual identificada), tanto más probable era que hubiera copulado con algún otro” (Barash y Lipton, 2003:53 y 54).

En relación a esta problemática, Buss manifiesta que a lo largo de la historia de la evolución humana, los hombres que no fueron capaces de controlar la sexualidad femenina –es decir, que fallaron en la atracción o mantenimiento de la pareja, en prevenir ser víctimas de infidelidad, etc.– experimentaron un éxito reproductivo menor que aquellos que pudieron hacerlo. Por ello mismo, el control y dominio sobre la sexualidad femenina se convierten en un imperativo para obtener el mayor éxito reproductivo, y la forma de ejercerlos sería, según Buss, la implementación de ciertas “tácticas” como restringir el contacto con otros hombres, monopolizar todo su tiempo, amenazar con lastimar a la mujer o al rival frente a sospechas de infidelidad, agresiones sexuales (acoso sexual verbal, tocar el cuerpo de la mujer sin su permiso, etc.) e incluso la violación misma. Esta idea de violación como “táctica reproductiva” también está presente en el trabajo de Barash y Lipton. Éstos argumentan que no se trata exclusivamente de una conducta humana, sino que también es común en el reino animal, y tiene lugar “cuando uno o más machos se abalanzan sobre una hembra, esté o no emparejada, y la fuerzan inmediatamente a una cópula, que por lo general incluye una eyaculación, sin siquiera un «con su permiso». Lo habitual es que la hembra se resista vigorosamente, y que en ocasiones escape; su pareja, de estar presente, intenta por lo general espantar a los atacantes. Entre los violadores y su víctima, que a menudo sale herida del ataque sexual, no se establece relación social subsiguiente alguna. A veces se produce la fecundación. Si eso no es una violación, ¿qué es?” (2003:93). En efecto, como los machos poco atractivos –o lo que es igual, genéticamente inferiores– son aquellos que más dificultades tienen para conseguir CFP, estos sociobiólogos plantean que se ven impulsados a cometer actos de violación como un modo de tener acceso a la copulación, ya que “puede que si estos machos no fueran tan brutos y agresivos, no consiguieran CFP en absoluto” (2003:175). Aquí se ve claramente el gesto de antropomorfizar la conducta animal, pero a continuación se adopta el proceso inverso al sostener que “de hecho, hay cada vez más evidencias de que también la violación

humana tiende a ser una táctica reproductiva de «perdedores» probables” (2003:96). De esta manera, se termina homologando un comportamiento que parece ser una “reproducción forzada” en el reino animal con la violación en los seres humanos, que es mucho más que un acto sexual por la fuerza, ya que implica sumisión, humillación, intimidación y castigo a la víctima. Pero al igual que Buss, estos sociobiólogos interpretan esta compleja conducta humana a la luz de la lógica y los términos de la teoría de la selección sexual, viéndola simplemente como una táctica para el éxito reproductivo y desconociendo así que la violación en el ámbito humano puede ocurrir sin reproducción, que no siempre se lleva a cabo con los órganos genitales y que puede involucrar actos orales o anales de tipo heterosexual u homosexual (Sober, 2000:203).

6. Algunas reflexiones finales

Frente a las duras críticas que las acusan de sexistas y de justificar el status quo, la sociobiología y la psicología evolucionista se defienden proclamando que sus argumentos sobre las diferencias comportamentales entre varones y mujeres lejos de ser meras especulaciones cargadas de prejuicios, tienen sustento científico, y en todo caso, las posiciones ideológicas se encuentran afuera, en quienes extienden este tipo de críticas o bien en quienes hacen un uso político de sus declaraciones. Pero este no es el caso. Siguiendo el razonamiento de Bleier –a pesar de que su crítica va dirigida a la sociobiología pero es perfectamente aplicable también a la psicología evolucionista –si se tratara de ciencias válidas, incluso desde los estándares tradicionales, no nos restaría ninguna otra opción que hacer frente a las consecuencias de sus indiscutibles “verdades”. Sin embargo, se trata de disciplinas que plantean teorías sobre las diferencias sexuales totalmente infundadas, con deficiencias a nivel conceptual, metodológico y lógico, y profundamente sesgadas. Respecto a las teorías sociobiológicas en particular, Bleier puntualiza que no sólo conllevan serias implicancias políticas sino además usan una metodología mala y engañosa, en tanto las preguntas que guían las investigaciones están sesgadas, manejan asunciones no corroboradas, hacen un uso selectivo de los modelos animales, antropomorfizan sus conductas, y presentan distorsiones y tergiversaciones en el uso de los datos.

Por otra parte, los discursos provenientes de estas disciplinas no presentan una definición ni descripción precisa de los comportamientos o rasgos que buscan explicar, y es así que se habla de violencia, agresividad, violación, etc. sin puntualizar qué aspectos

están siendo considerados. Esto lleva, como bien explica Bleier, a que sus declaraciones puedan ser interpretadas de acuerdo a las expectativas, experiencias y prejuicios del receptor, haciendo un uso y abuso de ellas según convenga, y quizás aquí se encuentre la razón de su atractivo y amplia aceptación a nivel social. Es así que a partir de los argumentos expuestos en este trabajo, uno podría llegar a plantear conclusiones como esta: las mujeres que están al lado de hombres sin recursos, que no ocupan un buen lugar en la jerarquía social y que además no poseen una buena calidad genética, están impulsadas biológicamente a serles infieles, ¡así que a cuidarse señores! ¡No sea cosa que terminen manteniendo a hijos de otro! Por eso mismo, eviten la infidelidad de sus mujeres, vigílenlas, eviten que tengan contacto con otros hombres y amenácenlas de ser necesario.

Sin ir más lejos, Jon Beckwith (2002) comenta que a comienzos de los 80, revistas tales como *Playboy*, *Cosmopolitan* y *Reader's Digest*, se hicieron eco de algunos argumentos sobre diferencias sexuales desarrollados por la sociobiología. Es así que *Playboy*, por ejemplo, presentó a esta disciplina como “una nueva ciencia [que] muestra porque los hombres deben engañar a sus mujeres”⁴, y además aconsejaba que “si te descubren engañando, no digas que el diablo te hizo hacerlo. Es el diablo en tu ADN”⁵ (Beckwith, 2002:143). Por otra parte, esta revista masculina también se encargó de divulgar la noción sociobiológica de la violación, declarando que era “una estrategia genéticamente disponible para los machos de baja dominancia que incrementa sus posibilidades de reproducción y de tener un mayor acceso a las mujeres del que podrían conseguir”⁶ (2002:143). De más está mencionar el grado de peligrosidad que encierra por sí mismo este argumento.

Tal como sostiene Lewontin y otros (2009) el determinismo biológico subyacente a estas disciplinas debe su atractivo a que es exculpatorio, es decir, si los hombres engañan a sus mujeres es porque deben hacerlo, porque están impulsados por su biología a ello; si otros violan es porque son perdedores natos que se ven genéticamente empujados por el mandato de maximizar el éxito reproductivo. Entonces no hay una intencionalidad consciente, son comportamientos movilizados por genes egoístas que persiguen el fin último de replicarse y que actúan a través de nosotros. Si no hay consciencia, no hay

⁴ “New science [that] shows why men must cheat on their women”

⁵ “If you get caught fooling around, don't say the devil made you do it. It's the devil in your DNA.”

⁶ “(...) a strategy genetically available to low-dominance males that increases their chances of reproducing and making females more available to them than they would otherwise acquire”.

culpa ni responsabilidad, entonces la situación se vuelve inevitable. Justamente de lo que se trata es de batallar este tipo de argumentos biologicistas, que bajo su pretendido manto de cientificidad, operan en la legitimación y naturalización de las relaciones de dominio y poder entre los sexos, y en consecuencia en su perpetuación.

Bibliografía

Alcock, John (2001). *The Triumph of Sociobiology*. Oxford University Press, New York.

Barash, D. y Lipton, J. (2003). *El mito de la monogamia. La fidelidad e infidelidad en los animales y las personas*. Siglo XXI de España Editores, Madrid.

Beckwith, J. (2002). *Making Genes, Making Waves. A Social Activist in Science*. Harvard University Press, Massachusetts.

Bleier, R. (1984). *Science and Gender. A Critique of Biology and Its Theories on Women*. Pergamon Press, New York.

Buss, D. (1996). "Sexual Conflict: Evolutionary Insights into Feminism and the "Battle of the Sexes". Buss, D. y Malamuth, N. (eds.), *Sex, Power, Conflict. Evolutionary and Feminist Perspectives*. Oxford University Press, New York, p. 296-318.

Buss, D. y Meston, C. (2010). *Why women have sex. Los secretos de la sexualidad femenina*. Ediciones B, Barcelona.

Kitcher, P. (2003). *In Mendel's Mirror. Philosophical Reflections on Biology*. Oxford University Press, New York.

Lewontin, R. (1991). *Biology as Ideology. The Doctrine of DNA*. House of Anansi Press Limited, Ontario.

Lewontin, R. y otros (2009). *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*. Drakontos Bolsillo, Barcelona.

Sober, E. (2000). *Philosophy of Biology*. Westview Press, Colorado.

Webster, S. (2003). *Thinking About Biology*. Cambridge University Press, New York.